

Rocky's Contentment *John Osborne*

THE NEW REPUBLIC

A Journal of Politics and the Arts—November 8, 1975, 50 cents

LA LEGITIMIDAD REPUBLICANA

No le hace falta rey a la nueva España

por **Juan Marichal**

(Catedrático de Literatura e Historia españolas en la Universidad de Harvard,
autor del libro "The New Spanish Political Fault",
editor de las obras completas de Manuel Azaña).

*Artículo aparecido en « the New Republic », Seminario de Política y Arte,
8 de noviembre de 1975.*

Hace ya un poco más de un siglo que, el 29 de diciembre de 1874, una breve proclamación de un general en un cuartel de provincias reinstaló la Monarquía en España. No se trataba de un golpe de estado tradicional porque la Primera República Española (establecida el 11 de febrero de 1873) había sido ya disuelta por la guarnición de Madrid. Mostraba, sin embargo, la impaciencia y el miedo del ejército ante los cálculos de Cánovas, teórico conservador de la restauración y luego su primer jefe de gobierno, que pudo contagiar con sus ideas a un rey joven que se consideraba católico y al mismo tiempo liberal (« hijo al fin de mi siglo »). El astuto pragmatismo de Cánovas llegó a su punto culminante cuando, once años más tarde y con Alfonso XII en su lecho de muerte, en El Pardo, consiguió arrancarle al partido liberal una promesa de lealtad al trono. No cabe duda de que la sombra de Cánovas se deslizaba la semana pasada por los corredores del Pardo. ¿En qué se parece este otoño madrileño a esos otros momentos decisivos de los que en el pasado salieron las dos primeras repúblicas?

Ortega y Gasset, el gran filósofo y pensador político español, solía decir que la historia no se repite nunca, aunque la verdad es que esto no parece aplicarse a la historia de España. Hoy, como en 1874, hay un rey joven dispuesto a funcionar como agente y símbolo de una nueva nación. Y estoy seguro de que, como en 1885, las dos alas opuestas del régimen de Franco — los partidarios de la « apertura » y los del « bunker » — se han unido en un nuevo « Pacto del Pardo ». Por otro lado, existe una llamativa diferencia entre 1975 y 1874, a saber, el ejército se ha abstenido de todo gesto precipitado. Y el contraste con el papel de la iglesia católica en 1885 es aun más llamativo : a Alfonso XII le vino a dar la extrema unción el prelado de más categoría de entonces, mientras que el jefe actual de la jerarquía eclesiástica, Cardenal Tarancón (que tiene el apodo « El Obispo Rojo »), se ha limitado a una indispensable visita de protocolo al Pardo. El espíritu de Cánovas, sin embargo, no se ha esfumado y su presencia podría tener graves consecuencias para España.

En la situación actual es posible que no haya más opción que la monarquía como fase de transición, salvo una guerra civil que nadie quiere. Estoy convencido de que una vasta mayoría de españoles ven en la restauración de la monarquía sólo un expediente táctico inevitable. Por eso me parece un tanto ingenua la actitud de la llamada Junta Democrática (un artefacto Comunista) al declarar en París que está dispuesta a servir de instrumento para el restablecimiento en España de una auténtica legalidad constitucional. Naturalmente, los españoles saben de sobra que la familia Borbón no puede reclamar el trono como herencia legítima, puesto que las elecciones de abril de 1931 transformaron a España en una República, esa Segunda República por la que murieron centenares de miles de españoles y de extranjeros, primero en España durante la Guerra Civil (1936-1939) y después en todos los campos de batalla en Europa en la Segunda Guerra Mundial. Por eso los Republicanos son la clave del futuro de España, porque representan una herencia moral que no puede considerarse quimérica. Cuando se proclamó la Primera República Española en 1873, Castelar, uno de sus prohombres, habló en broma de « una república sin republicanos ». Hoy día puede afirmarse exactamente lo contrario : hay millones de republicanos españoles sin república, esperando la única « restauración » que puede tener algo más que una apariencia de legalidad constitucional : el establecimiento de la Tercera República.

Esos españoles republicanos saben también que España ha cambiado mucho en los últimos 25 años y que hay hoy una importante clase media, en su mayoría gente de unos 40 años, que no se consideran representados en los partidos y organizaciones de la oposición, dominados por los Comunistas o Socialistas, es decir, por los grupos que han podido sobrevivir en la clandestinidad. Pero la nueva clase media española no es ni pro-socialista ni pro-comunista sino que lo que quiere es una república republicana. No hay que olvidar que en las últimas elecciones libres celebradas en España, en febrero de 1936, los que salieron victoriosos fueron los partidos republicanos de la clase media como la Izquierda Republicana del Presidente Azaña (partido de centro pese a su rótulo). Es cierto que esta preponderancia « del centro » en la España de hoy es la base del más

ambicioso e inteligente de los aspirantes a nuevo Cánovas que andan por ahí : Fraga, ex-Ministro de Información y hasta hace poco Embajador en Londres. Es muy probable que Fraga haga todo lo que pueda para convertir a la monarquía en un símbolo centrista, tarea que en resumidas cuentas le resultará imposible, porque si se da a los españoles la opción, que se dio a los griegos, de elegir entre una monarquía impuesta y una república, preferirán ésta última. Después de todo la constitución de la Segunda República de 1931 es un instrumento adecuado para resolver algunos de los problemas más urgentes de la España actual, por ejemplo, el de la autonomía regional. Conviene señalar, además, que el obstáculo principal que muchos católicos españoles le veían a esa Constitución era el artículo por el que se separaba la Iglesia del Estado, separación que constituye hoy un objetivo de los nuevos dirigentes de la jerarquía católica.

Se ha pasado por alto con frecuencia una característica muy especial del régimen de Franco, a saber, el secundario papel político desempeñado por las fuerzas armadas. Nunca se había visto en los tres últimos siglos de historia española que el ejército hubiera sido dominado tan eficazmente y humillado tan gratuitamente por su general en jefe. Y no hay que olvidar que un número respetable de oficiales, incluyendo una docena de generales, permanecieron fieles a la República al estallar la Guerra Civil en julio de 1936. Con tales recuerdos y resentimientos no sería de extrañar que resucitase la centenaria « Unión Militar Republicana ».

Me atrevo a vaticinar que el pueblo español rechazará en cuanto pueda la fantasmagoría que se va a escenificar en el Palacio Nacional de Madrid. Sin duda hay unos cuantos prepotentes que están ensayando el paletó de Cánovas; pero hay miles — tal vez millones — de jóvenes españoles que no ven en la restauración de la monarquía sino otro anacronismo, consecuencia de la era dictatorial de Franco. Esos jóvenes se sienten europeos hechos y derechos y saben que hoy por hoy en España « República » es sinónimo de « Europa ». « España es el problema y Europa la solución », dijo Ortega en 1910. La España europea sólo puede ser una república.

Sería trágico que los dirigentes del gobierno norteamericano no vieran en la monarquía lo que en realidad será, una fase de transición y disolución del régimen de Franco. La República de Estados Unidos, en la que los primeros republicanos españoles encontraron un refugio y un modelo en 1790, podría contribuir mucho a la paz en Europa si no olvidara que no tardará mucho la Tercera República española. Esperemos que cuando vuelva a flotar en Madrid la bandera tricolor republicana, por la que muchos norteamericanos dieron su vida, el pueblo español pueda ver un verdadero aliado en la República estadounidense. La nueva España ofrece a Estados Unidos la ocasión de ponerse del lado de la libertad.

Traducción del Prof. Mariano García Landa.

ex-ministro de Información del Gobierno
de la República Española en Exilio

Servicio Informativo
del Gobierno de la República Española en exilio